

después fue cardenal de Santa Cruz) dio a los primeros padres que vinieron a esta Nueva España, venían señalados trece, con su prelado, el santo fray Martín de Valencia; entre los cuales venían fray Joseph de la Coruña, sacerdote, y fray Bernardino de la Torre, lego. Quedáronse estos dos en España por la ocasión que en otro libro se dijo; y porque viniese cumplido el número de doce eligieron los demás, con mucho acuerdo, a fray Juan de Palos, lego y muy virtuoso, que moraba en el convento de San Francisco de Sevilla. Fue en esta tierra muy ejemplar trabajador y predicó muchas veces a los indios en la lengua mexicana que aprendió. Acompañó, por la obediencia, a fray Juan Suárez cuando fue a la Florida, con el capitán Pánfilo de Narváez, donde murió de hambre, como en la vida de fray Juan Suárez se dijo; y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria. Como fue su vida tan corta en esta Nueva España, fue también poco lo que se supo de ella.

CAPÍTULO XXX. *En que se contiene la vida de el santo obispo fray Juan de Zumárraga, y primeramente de su frailia, hasta que fue electo en obispo de Mexico*



UE ESTE VARÓN SANTO VIZCAÍNO, natural de la villa de Durango, adornado de todas virtudes y buenas letras. Tomó el hábito de la religión de nuestro padre San Francisco en el convento de Nuestra Señora de Aranzazu, de la provincia de Cantabria, que entonces se contaba de Burgos; pero como le quería Dios para entregarle las llaves de esta primera iglesia mexicana, no consintió que esta apostólica antorcha estuviése abscondida en aquellas tierras remotas y apartadas; y así le sacó de ellas diciéndole al corazón, como a otro Abraham, de palabras:¹ Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, que quiero que vayas a otras que yo te mostraré, donde te haré padre de muchas gentes. Y como en las cosas ocultas que Dios ordena para los fines que él se sabe, no hay resistencia de parte del que ha de ejecutarlas, como se vido en Jonás,² cuando enviándolo a Nínive se iba a Tarso; así parece haber sucedido en este santo varón, que aunque vizcaíno criado en aquella provincia de Cantabria, sin haber salido de ella le tomó gana de dejarla y salirse más a fuera, donde la voz oculta de el Señor le llamaba; y así se pasó a la de la Concepción, no huyendo de la aspereza y religión que tanto se ha conservado en aquella santa provincia, sino buscando más rigor de vida y mortificación, viviendo en casas de el sayal y recoletas; y fue en ella muchas veces guardián y difinidor, y una provincial; los cuales oficios ejerció con muchísima prudencia y cristiandad.

Siendo guardián de la religiosa Casa de el Abrojo, cerca de Valladolid, tuvo allí una Semana Santa el cristianísimo emperador Carlos V, nuestro

¹ Genes. 12.

² Ion. 1, 3.

rey y señor; y como por mandado de su majestad se hiciése muy larga limosna al monasterio, de comida y de todo lo demás necesario al sustento de los religiosos, de ninguna cosa de cuantas le dieron, se quiso el buen prelado aprovechar para sí, ni para sus frailes, más todo lo mandó repartir entre pobres; y él y sus frailes se pasaron con su acostumbrada pobreza. Vino esto a noticia de el emperador; el cual, como viese al siervo de Dios celebrar los oficios de aquella semana, con singular devoción y gravedad, y contemplase en él toda religión, reposo, santidad y mortificación en su persona, lo tuvo de allí adelante en mucho precio y estima. Y no es maravilla que representase este santo varón toda esta compostura exterior, siendo religioso de tan santa vida como lo fue; pues el corazón (como dice el *Eclesiástico*)³ muda los semblantes de el rostro, así en el bien como en el mal, por ser la parte más esencial de el cuerpo, en el cual están más vivamente todos los sentidos, y en especial en los ojos (como dice el Filósofo)⁴ por las muchas y varias diferencias a que mira, y por esto se descubre lo interior de el alma y corazón, mucho más en ellos que en otra parte ninguna de el cuerpo, y en él son conocidos los cuerdos y los que no lo son; y como cuando Dios está en un alma, la trae devota y grave, no puede dejar de hacer esta manifestación en su compostura; y ésta es la que mostraba este varón apostólico y la que el emperador y todos los que lo trataban veían en él. Y como desde entonces concibió mucha y muy grande opinión de su mucha gravedad y prudencia; luego, desde a poco tiempo, hizo que le fuese encomendado el oficio de la Santa Inquisición, para que (pues era vizcaíno y sabía la lengua de aquella tierra) fuese a castigar y enmendar el abuso de las brujas que en Vizcaya se levantaba. Hizo aquel oficio con mucha rectitud y madurez; y por esto, y por sus muchos merecimientos, lo eligió el emperador en primero obispo de Mexico. Rehusó esta dignidad, todo cuanto pudo, el humilde y apostólico varón; mas fue compelido por la obediencia de su superior a aceptarlo. Donde se verifica lo que dejamos dicho, que Dios le sacó de Cantabria a esta provincia de la Concepción, para ponerlo a los ojos de este cristianísimo príncipe, para que viéndolo le encomendase este oficio para que Dios le tenía escogido. Hecho obispo, antes de consagrarse, pasó a estas partes de la Nueva España, año de 1528, con título de electo obispo y protector de los indios, y con grandes poderes de el invictísimo César Carlos Quinto, para ejercitar esta defensión de menores.

Venido a la Nueva España, como era el santo obispo tan celoso de la honra de Dios y viese la tierra muy disoluta en costumbres, sin temor de la justicia divina, procuró reformarla con todo su posible; pero como cuando la relajación está introducida y puesta en manos de hombres poderosos es imposible, o a lo menos dificultoso el reparalla, no fue esta diligencia gustosa para ninguno de los interesados; y así fue esto ocasión para que siendo él, obispo a todos muy amable, los que en esta tierra estaban apoderados de los indios y se servían de ellos, le cobrasen odio y rencor a él y a

³ Eccles. 13.

⁴ Rhet. lib. 2. cap. 6.

los demás religiosos que miraban por la honra de Dios y por la cristiandad y amparo de los recién convertidos, y los persiguiesen, como a capitales enemigos. Eran los autores de toda esta maldad los mismos que gobernaban la tierra, en ausencia de el gobernador don Fernando Cortés, que como dejamos dicho en otra parte,⁵ no sólo no querían ver en este reino quien les contradijese, pero aún algunos de ellos tenía mandado que en el puerto de la Vera Cruz no se obedeciese ningún mandato, que de los reinos de Castilla viniese; y los que con toda esta libertad vivían, mal sufrirían a los que se la rechazaban. Sucedió, pues, que habiendo sacado un hombre que estaba retraído en el convento de mi padre San Francisco de Mexico, y llevándolo a la cárcel, estando puesto atredicho, lo querían sacar a justiciar. Viendo esto el siervo de Dios fray Juan de Zumárraga, con algunos de sus clérigos y con una cruz, toda cubierta de luto fue a la cárcel, a que le diesen el preso y no lo justiciasen, pues le valía la inmunidad de la iglesia, la cual, de oficio, estaba obligado a defender. Los ministros de la justicia, que estaban por la parte de dentro, no sólo con palabras, mas también con armas, se pusieron a defender que no llegasen los eclesiásticos a la puerta de la cárcel. Y no advirtieron estos descomulgados ministros, a que dice Cristo nuestro señor, en defensa de los sacerdotes.⁶ El que os tocare me toca a mí en las niñas de mis ojos.

Y no paró aquí el atrevimiento, sino que pasó adelante y levantaron en esta persecución al siervo de Dios, y a aquellos santos religiosos de aquel tiempo, muchos falsos testimonios de cosas feas y deshonestas, que aún la imaginación de ellas no cabía en pechos tan llenos de Dios como los suyos. Escribieron contra estos santos varones al emperador y a su Consejo de Indias para desacreditarlos, por si informasen contra ellos de lo que pasaba. Y por otra parte pusieron la diligencia posible para no dejar pasar a España cartas suyas, como en efecto no las pudieron enviar, hasta que un marinerio vizcaíno se ofreció al santo obispo, en secreto, de llevarlas y darlas en su mano al emperador (como en otra parte decimos). Y así lo cumplió, que las llevó dentro de una boya, muy bien breada y echada a la mar, hasta que la pudo sacar a su salvo; y llegado a España las puso en manos de la cristianísima emperatriz, en ausencia del emperador, la cual las leyó con muchas lágrimas, sintiendo los grandes trabajos y persecuciones que el siervo de Dios y los otros religiosos padecían. Y mandó luego, con toda brevedad, despachar navío para la Nueva España, y deponer de sus oficios al gobernador y oidores y embarcarlos para España, los cuales murieron mala muerte, en breve tiempo. Y aquí se verificó, lo que luego dice Dios por el mismo santo profeta Zacarías:⁷ Veis aquí cómo yo levanto mi mano sobre ello, no amagando a herir, sino hiriéndolos en todo lo más que pueden ser castigados en la vida, que es afrentarlos y hacerlos tratar con despecho, y serán rendidos y avasallados de aquellos que ellos antes persiguieron, como les sucedió; y los que acá quedaron, que habían sido en informar

⁵ Supra tomo I. lib. 15. cap. 22 et lib. 5.

⁶ Zach. 2.

⁷ Zach. 2, 9.

falsamente de los santos religiosos, se desdijeron públicamente, con testimonio de escribano.

Proveyó, dende a poco, la emperatriz, gobernadora que era de los reinos de España, otros jueces para la Audiencia Real de Mexico, buenos cristianos y temerosos de Dios y envió a llamar al obispo para que se consagrara. Volvió por este mandato a España, año de 1532, con harta pobreza de dineros y de lo demás (según lo mucho que le convenía negociar) para su consagración. En España defendió, con pecho apostólico, la inocencia de los religiosos, y suya y quitó (en lo que pudo) la miseria y vejación de los afligidos indios. Anduvo por España, pobre y penitentemente, animando a los religiosos que veía ser para ello, a que viniesen a tan santa empresa, como era la conversión de tantas almas a la fe de Cristo. Tornó consagrado a esta Nueva España, año de 1534, con mucha honra y valor como su persona y vida lo merecían. Tenía más tierno amor a los indios convertidos, que ningún padre tiene a sus hijos. En sus enfermedades y trabajos lloraba con ellos y nunca se cansaba de servirlos y llevarlos sobre sus hombros, como verdadero pastor. Fue parte para moderar los tributos que entonces daban, así al rey, como a los encomenderos, de oro, plata, piedras preciosas, plumas y mantas ricas, y para que no fuesen vejados con el trabajo de los sumptuosos edificios de casas que hacían para los españoles. Antes de su ida a España había escrito al emperador y a su Consejo de Indias, suplicando que a los indios esclavos, se diese libertad por el inicuo abuso que cerca de esto pasaba, pues los que los tenían era con mal título y contra conciencia. Y lo mismo escribieron otros graves religiosos de aquel tiempo, y lo solicitaba en corte el obispo de Chiapa, don fray Bartolomé de las Casas, a lo cual acudió con mucho acuerdo el dicho Consejo; y se envió la primera provisión, para que fuesen libertados los indios esclavos, antes que este santo obispo fuese a España, firmada de la emperatriz año de 1530. Y después que de allí volvió con otros mayores favores, que trajo, lo solicitó con mucha diligencia, hasta que tuvo el debido efecto.

Dijéronle a este varón de Dios una vez, ciertos caballeros, que no gustaban de verlo tan familiar para con los indios: mire vuestra señoría señor reverendísimo, que estos indios como andan tan desarrapados y sucios dan de sí mal olor; y como vuestra señoría no es mozo, ni robusto, sino viejo y enfermo, le podría hacer mucho mal el tratar tanto con ellos. El obispo les respondió, con gran fervor de espíritu: Vosotros sois los que oléis mal y me causáis con vuestro mal olor, asco y disgusto, pues buscáis tanto la vana curiosidad y vivís en delicadezas como sino fuédes cristianos, que estos pobres indios me huelen a mí al cielo y me consuelan y dan salud, pues me enseñan la aspereza de la vida y la penitencia que tengo de hacer, si me he de salvar. Ocupábase siempre (o los más días que podía) en doctrinarlos, y para esto tenía un lugar diputado a las espaldas de su iglesia mayor, donde tenía púlpito y altar para decirles misa, y allí enseñaba la doctrina cristiana a sus nuevas plantas, diciéndoles él mismo las cuatro oraciones y aguardando a que fuesen respondiendo; y de esta manera toda la demás doctrina de artículos y mandamientos, como si fuera

maestro de niños, asalariado para esto, y no sólo a indios, pero también a los negros y gente de servicio de los españoles. Y para saber el aprovechamiento que tenían iba preguntando a uno el *Pater noster*, a otro el *Ave María*, y a otro el *Credo*, y de esta manera discurría por la demás doctrina; y al que preguntaba y no sabía, reprehendía, como padre muy amoroso, y lo amonestaba caritativamente, representándole la obligación que tenía, siendo cristiano, en saber aquellas cosas que eran forzosas para su cristianidad. Bien se echa de ver en este cuidado el deseo que tenía de la salvación de las almas, y lo poco que cuidaba de su estimación, a imitación de Cristo señor nuestro, que a trueque de justificar pecadores comía con ellos y se les entraba por las puertas y no hacía caso del poco que de él hacían los fariseos, por verle ocupado en estas cosas.

CAPÍTULO XXXI. *De cómo el santo varón, con ser obispo, fue observantísimo de su regla y muy solícito en su oficio, y de la abstinencia, pobreza y humildad que siempre tuvo*



UE ESTE BENDITÍSIMO PRELADO MUY AMIGO de la virtud y de virtuosos, y acérrimo reprehendedor de vicios y viciosos, y tan enemigo de la ociosidad que no permitía que alguno de su casa estuviese ocioso; fue amicísimo de la limpieza, por lo cual jamás consintió que mujer alguna entrase en su casa, aunque fuese necesaria al servicio de ella, ni nunca consintió que por alguna ocasión subiese mujer a lo alto y aposentos de ella, antes lo tenía todo cerrado, como un monasterio, porque sabía (como quien también sabía) que la ocasión suele derribar los más fuertes y robustos corazones, como sucedió a David, en la vista de Bersabé; y a Holofernes, en la de Judith, y el que ama el peligro (como dice el Espíritu Santo)¹ perecerá en él y trairía a la memoria aquellas palabras del sabio,² en los *Proverbios*, que dice: El que ama la puridad y limpieza del corazón, será querido y amado del rey, por la graciosidad y honestidad de sus palabras, porque en ellas se trasluce su corazón, diciendo Cristo que la abundancia de él rebosa por la boca, y siendo tal será estimado del rey del cielo, que es Dios, y de los de la tierra, que son los hombres,³ los cuales (como dice Lira) antiguamente no consentían a ninguno en su servicio y presencia, que no fuese limpio y casto. Y esta virtud, que tanto resplandecía en este bendito prelado, debió de ser mucha parte para conocer en él el invictísimo emperador la idoneidad que tenía para ser padre primero de esta mexicana iglesia que, aunque es verdad que en todos tiempos son necesarias personas tales, fue, empero, muy conveniente que en aquellos primeros resplandeciese la perfección de este venerable y religioso padre, donde la altura de

¹ 2. Reg. 11. Iudith 10.

² Prov. 22.

³ Math. 12.